

A Maria al pie de la Cruz.

Muger, he ahí a tu hijo.
(S. Juan - Cap. 19, V. 26.)

Madre del Verbo afligido,
titrelle siempre brillante,
sublime paloma errante,
en los campos de la vida;
Flor del Cielo desprendida
de santo aroma fecundo,
amor inmenso, profundo,
que todas las almas llenas,
¡oh! hermosa que enfrena
las tempestades del mundo.

Imperatrix soberana
que libre de humanos encono
elevas tu regio trono
sobre la gloria mundana;
que ardiendo en la fe cristiana
que engendra, la mansedumbre,
al sol de provida, lumbre
conque los espacios llenas,
del Libano de las penas
subsistes hasta la cumbre.

Madre del amor divino
que la fe creyente halagas,
que siempre la sed apagas
del cansado peregrino,



que en tu angustioso camino
bucaras a' los que te adoran,
ampararas a' los que imploran
tu clemencia en este suelo,
y eres, Angel, de consuelo
para las almas que lloran.

Reina hermosa del Eden
que herida el alma de espinas
con lágrimas las ruinas
riegas de Jerusalem:
que a' las arpas de Sabe
arrancas májicas sonas,
que en los muertos corazones,
despiertas el sentimiento,
y haces vibrar en el viento
las celestiales canciones.

Fu, en cuya frente alborca
la aurora cuando amanece,
pasionaria que florece
en los campos de Judea,
blanca perla que hermosa
del sol la postrera luz
cuando entre el negro capuz
que va la tarde envolviendo,
vas los ayes recogiendo
del Dios que muere en la Cruz.

¿Porque con negro crepón
cintas tu pálida frente?
¿Porque lloras tristemente
a' las puertas de Sion?
¿Porque en tu inmensa aflicción

vas al monte solitario,
donde el eco funerario
que tu corazón aterra
sientes retremblar la tierra
y estremecer el celvario.

¿Porque con lenta agonía
por esa senda de abrojos
con lágrimas en los ojos
vas caminando, María?
Porque tu muerte sombría
votas sus dulces cadenas
busca en las rojas arenas
que pavimentan el monte
un mundo sin horizonte,
un horizonte de penas.

Mírate allí!.. Gota a gota
vierte su sangre bendita,
su pecho ya no palpita,
el viento su frente azota,
pálida la muerte flota
en su semblante ideal
desde el madero fatal,
~~su cuerpo hacia el suelo inclina~~
su cuerpo inclina hacia el suelo
cuel palmara del carnelo
que retuerce el vendaval.

La turba grita insofocable
de duelo y muerte sedienta,
mirando alegre la afrenta
de Dios en la Cruz pendiente
el oído agitar su mente

en su alma de sangre avara,
por eso cuando respiras
que alienta vida en su seno,
bana su boca en veneno
para recuperarte a la cara.

Mas, ay!... Su cadaver frío
convulso en la cruz se agita,
su frente helada y marchita
es una flor sin rocío;
sobre su rostro sombrío
lleva su martirio impreso,
¡ay! y al succumbir al peso
de afrentas tantas y agravios,
parece que aun, en sus labios
palspita el último beso.

Al eco del roncó trueno
que en los arbores retumba,
mientras la quebrada tumba
abre su lúgubre seno,
al éter de nubes lleno
que entre su monte irasciendo
envelva el sol moribundo
chugando sus rayos rojos,
¡ay! parece que sus ojos
cierra bendiciendo el mundo.

Acude, madre, y halaga
su sonrisa con la tuya,
antes que su ser concluya
su último suspiro apaga:
la luz que en sus ojos vaga
venceña tu fe bendita,

refresca su far marchita
á golpear hecho pedruzco,
que el hijo siempre en los brazos
de su madre recueta.

Ah! no, en triste soledad
llora de la cruz al pie,
entre tu amor y su fe
se ha abrasado la eternidad;
Demente la humanidad
sin temblar de sus horrores,
ahogo tus tiernos amores
en ese afrentoso lecho
grabando en tu amante pecho
el dolor de los dolores.

Llora, que al fiero quebranto
que tus entrañas encierra
de tu cavino en la tierra
no queda ya mas que llanto:
mas; ay! aun el desolado
torne en sombras tu esplendor,
no te importe que el dolor
tu casto seno taladre,
que el corazon de una madre
es un poema de amor.

Llora hermosa nazarena
que de penas transida
en cada paso en la vida
has encontrado una pena;
llora candida arucena
del celestial Sentiario
que el perfumar solitario

este mundanal desierto,
con lágrimas lo has cubierto
desde Belén al Calvario

Madre, infeliz sin ventura,
entre dolores cautiva,
generosa sensitiva
del calor de la empujura,
brisa dulcísima y pura
que con blando aliento besas
el hijo de tus entrañas,
que muere en la Cruz impía,
repetiendo su agonía
el eco de las montañas.

Llora, que turbó el Pedron
parece que va gimiendo
las lágrimas recogiendo
que brota tu corazón;
Llora, que las penas son
dignas de la fe triunfante
que humillar sabe arrogante
en medio a su loco empujón
a 'ese mundo tan pequeño
que hirvió' aquel alma gigante

¡Infeliz! Fur ilusiones,
¡allí muertes han caído,
mientras tu ser ha perdido
sus más puras sensaciones,
en rápidas vibraciones,
el alma romperse quiere
sin mirar que quien la hiere
en su profundo despecho

en la fe que ella en el pecho,
lucha, pero nunca muere.

Allí está... de sus misterios
el eco en torres retumba,
miró el Dios que hizo su tumba
don polvo de los imperios
Quien hizo de escitiverios
la tierra de promisión
el que venció a Faraon,
y holló las romanas clamides,
el que arranco a las piramides
secretos de la creación.

Lloro al pie de ese madero
con el alma, Madre mía,
sobre aquella boca fría
clava tu beso postero;
El cadaver del Cordero
recoge en tu seno santo
y en tu angustioso quebranto
enseña tu amor profundo
que habéis redimido el mundo,
el con sangre, tu con llanto.